

(Bejar.biz Julio 2012)

¡A POR ELLOS, OE!

J. Francisco Fabián

Los funcionarios son una especie de bichitos domesticados que posee la sociedad a los se les tiene ahí en sus reservas o edificios oficiales para usarlos cuando haga falta y para lo que nos sea necesario. Que hay que curarse una enfermedad, va uno a un funcionario y éste le cura. Que tenemos un hijo en edad de formarse, el funcionario le enseña cosas para que el día de mañana ese hijo viva lo mejor posible. Que es preciso hacer una gestión con los impuestos que pagamos para que nuestra sociedad funcione, un funcionario te dice lo que tienes que hacer y te ayuda a ello. Excepto en una ocasión en la que no lo consigue, porque tiene mal día o porque no es tan brillante como usted lo necesita, lo cual provoca que por esa ocasión, él y todo el colectivo de funcionarios se conviertan en un asco contagioso. Pero bueno, no pasa nada, también los funcionarios están para darle a usted asco si lo necesita. Por otra parte, y esto es muy importante, si el país va mal, el funcionario tiene la obligación de ser el receptor de los “necesarios” sacrificios más inmediatos, que además serán jaleados por una determinada masa que coreará el ¡a por ellos oe! y que recogerán los políticos de medio pelo para legislar contra ellos, a sabiendas de que sus medidas serán populares y les cubrirán de gloria y prestigio, e incluso les darán votos, su meta para seguir siendo también la otra suerte de funcionarios que son, se llamen como se llamen. No está en la Ley de la Función de la Pública que rige a los funcionarios el que tengan que ser los sacrificados como medida facilona, ni tampoco está en el sentido común, pero es igual, se puede hacer y además contará con el beneplácito de una parte cuantitativamente aceptable de la sociedad. Si hay que bajar los sueldos, ahí está el sueldo del funcionario para que se lo bajen una, dos, tres veces o las que haga falta. Que debe haber congelación de sueldos, no hay problema, se hace también. Que hay que quitar pagas extraordinarias, se le quitan las pagas al funcionario, que para eso está es gente que no se merece ninguna consideración, porque la gente que tiene un empleo fijo no hay que considerarla bien en un mundo laboral de mierda, en el que al parecer nos deja aliviados que nos fastidiemos todos y no unos cuantos solamente. De podernos ir a la calle con facilidad, que sea cosa de todos. Mal de muchos, consuelo de imbéciles, que nos iguala en la adversidad.

Nuestra mente, que es una cosa que funciona a distintos niveles según las situaciones y las personas, y que en ocasiones produce juicios masivos muy sorprendentes, que luego investiga la sociología para explicarse la causa que los ha producido, usa la racionalidad unas veces sí y otras no. No se saben con certeza las razones de esta propensión en ocasiones tan descorazonadora para el prestigio de los seres humanos, cuando vamos de tan listos y tan racionales a la hora de compararnos con un perro, un gorrión o un cocodrilo. La racionalidad es una suerte de clarividencia al alcance de cualquiera de la que potencialmente estamos todos dotados, por la que no solo se dice y se hace lo que a uno le pide el hígado (que suele ser un acto inmediato e impulsivo), sino que eso que le pide el hígado, a través del raciocinio, se procesa minuciosamente con el fin de que el producto, es decir el juicio, sea lo más adecuado posible a la realidad y no se dé desde una víscera cualquiera, cuya misión es más mecánica que intelectual. Se trata de que el juicio se dé desde partes más productivas, dado que somos seres humanos, no animales cualquiera, cosa que nos gusta mucho decir, sobre todo cuando vamos al zoológico y vemos lo que allí hay. Bien, pues nuestra mente curiosamente a veces no funciona como debiera con los funcionarios y sin dar

tiempo a procesar nada, emite juicios que vienen directamente del hígado, no solo contra su existencia concreta, sino también contra su existencia abstracta, de tal manera que le salen productos de una factura muy desafortunada. Últimamente muchos de esos productos del hígado sin la filtración deseable, van contra los funcionarios, de tal manera que se sospecha desde la sociología que muchos de los que los emiten son funcionarios frustrados, que no lo fueron porque no quisieron presentarse a una oposición (era mucho estrés y pocas plazas) o no quisieron asumir el esfuerzo de estudiar mucho y demostrar que eran brillantes (les fue más cómoda una simple entrevista para un trabajo de empresa privada), o sencillamente con lo que les iban a pagar de funcionarios, ellos no iban a tener para mucho, porque querían más. Así que desistieron y ahora cada vez que ven algún fallo les falta tiempo para decir que está bien todo lo que se les perjudique a los funcionarios, porque son cosa a eliminar, cuantos menos mejor, incluso si no hubiera ninguno sería lo ideal.

Solo cuando el hígado que digo manda esos humores inmediatos al cerebro es cuando estos se filtran adecuadamente y algunos (no crean que muchos de los que segregan estas bilis primarias) se dan cuenta de lo necesarios que son los funcionarios en un país organizado, y de la conveniencia que tiene para un país organizado cuidar a sus funcionarios para que hagan el mejor papel posible a los ciudadanos. Cuidar no significa descuidar, que podría ser, que se pueden dar casos. Cuidar es desde organizarlos muy bien para que produzcan todos como es necesario, hasta no hacer de ellos el socorrido recurso al que acudir cada vez que se necesita ajustar algo, denigrándolos muchas veces y haciéndoles creer lo que muchos les creen (una mierda) aunque recurran a ellos para curarse, para que aprendan sus hijos, para que les den libros en una biblioteca, para deleitarse en un museo o para que les hagan la declaración de la renta, porque somos a veces tan inútiles o tan cómodos que no sabemos ni hacerla, ni queremos aprender. Es decir tenemos a los funcionarios ahí en sus reservitas para que nos sirvan cada vez que hay que tomar decisiones fáciles que alivien la poca imaginación para gobernar de los que se meten a eso, nuestras cobardías y la ineptitud con la que arriban al poder tantos y tantos, con sus consiguientes consecuencias, por ejemplo esa. Mala política y mala cabeza es la del que llegando al poder usa a los funcionarios para hacer los ajustes que su pobre imaginación o su pereza en ponerse a ello les hacen utilizarlos como subterfugio. En resumen, que todo lo que huele a común lo queremos destrozarse o no nos interesa. Debe ser esa una reacción del hígado, porque también desconfiamos de la frialdad de lo privado y de la escondida, pero evidente intención de ir a lo que van, mientras que un funcionario responsable es aséptico y vela por el común y no por unos intereses muy concretos, ni por forrarse ante todo.

Una sociedad inteligente es la que cuida a sus funcionarios para que todo funcione, pero para ello empieza por hacerles un marco de trabajo racional, donde el funcionario crea en lo que hace y para lo que lo hace, donde tenga un jefe que le da ejemplo, y este un organizador inteligente que reforma con criterio para que todos trabajen a gusto y no lleguen a ser unos aprovechados, que los hay, pero no en el número que se dice alegremente. Si nuestra sociedad no los cuida es que no es inteligente o está viciada de tópicos, de falta de reflexión o de discursos vacíos que calan en una población donde ese tipo de discursos son bienvenidos sin reflexión alguna sobre ellos. Y si es esto último ¿qué coño hacen estos legisladores adictos a las ruedas de prensa que no se ponen a trabajar para ello de una forma racional y no a base de medidas como bajar sueldos y subir las horas de trabajo? Quizá les interese eliminar cuanto más mejor a funcionarios, para que se privaticen los organismos y sea el ansiado momento en el que como asalariados por cuenta ajena, los ya ex funcionarios no puedan ser independientes

y asépticos en sus trabajos, dejando con ello de decir sin miedo alguno al pan, pan y al vino, vino, cosa que no suele gustar en lo privado y que se dice más desde el trabajo de funcionario que desde el de trabajador de empresa con un jefe que si no dices lo debido te va poner en la calle. Qué pena si vamos por ese camino.